

Aprendiendo a callar

Al comienzo de sus Ejercicios Espirituales, en el Principio y Fundamento, San Ignacio afirma que el hombre es creado para: “alabar, hacer reverencia y servir a Dios, nuestro Señor”. Es decir, el hombre con toda su vida debe rendir culto al Creador.

Hay un culto público, que es litúrgico, celebrado en la Iglesia, pero este tiene que ser completado con un culto privado y espiritual, ofrecido por cada uno al Señor en el templo de su corazón.

El primero, solemne y comunitario, requiere una especial atmósfera de silencio para poder ser interiorizado. Todavía es frecuente la expresión de: “estar más callado que en Misa”, y aunque la actual ordenación de la liturgia no permite más esa comparación, sigue siendo cierto que el respeto debido al lugar sagrado y la misma naturaleza de los misterios que allí se celebran, lo exigen.

El segundo, el interior, el que se rinde a Dios desde la vida de cada día, también necesita de silencios para adquirir profundidad. Resulta ya un tópico afirmar que vivimos en la civilización del ruido. La dispersión más grande nos arroja con frecuencia fuera de nosotros mismos y la vida se deshumaniza por falta de silencio.

Desde la cuna, nuestros niños son arrullados por el runrún de la televisión; nuestros jóvenes enloquecen en locales donde no hay lugar para el amistoso diálogo, sino sólo para una gloriosa exaltación de los decibelios; nosotros nos enredamos en conversaciones vanas donde con frecuencia la caridad y la utilidad brillan por su ausencia...

Y, sin necesidad de haber hecho profesión monástica, el silencio es imprescindible para una vida cristiana que quiera ser auténtica, porque la vida cristiana es, ante todo, escucha del espíritu.

Jesús, nuestro Señor, buscaba esos espacios de soledad y silencio, retirándose a descampado a orar antes del amanecer (Mc. 1,35), o al desierto (Mt. 4,1), o a la montaña (Lc. 6, 12). Y recomendaba orar entrando en la habitación y cerrando la puerta (Mt. 6,6)

Existe un silencio ambiental, externo, al que hay que llegar a encontrar gusto, silencio en el que uno se enfrenta a su soledad de criatura, a su pobreza. Silencio que es antesala de oración y que requiere un esfuerzo, una ascesis. Y existe un silencio interior al que el anterior prepara, y que cuando hace referencia a Dios, se identifica con la contemplación.

Cuando siendo niño veía a mi abuelo pintando uno de sus cuadros, el tiempo se me pasaba volando; me abstraía maravillado en su actividad sin tener ganas de otra cosa, me olvidaba de todo lo que no fuera en ese momento concentrarme en mirar, en fijarme en los detalles.

La atención volcada sobre una cosa (y subrayo la palabra una) que atrae y cautiva la atención, que suspende a la persona en torno a ella, que acalla los ruidos de nuestras angustias y preocupaciones, eso es silencio interior.

Y si lo que concentra de tal manera nuestra atención es la presencia de Dios, en lo íntimo del alma o en el Sagrario, podemos agradecerle el don de la contemplación.

Puesto que tanto nos importa, pidamos al Señor esta gracia de oración, que nos convierta en auténticos testigos y apóstoles del Dios vivo en nuestro mundo.

*Colaboración de Reverendo
P. Manuel Orta Gotor, s.j.
Tomado de la revista Caná*